

Romanticismos y chimeneas de carne: apuntes sobre el nacionalsocialismo

Romanticisms and chimneys of meat: notes on National Socialism

Alejandro García

Universidad de Murcia

RESUMEN

La capitulación alemana de 1918, como memoria remota, y la implosión de su economía a finales de los años veinte, como experiencia de vida, prepararon el terreno a Hitler. Pero para entender el triunfo del nacional socialismo y la etnificación de lo político, además de la derrota de la insurgencia espartaquista en 1919 y la levedad política del SPD en un escenario de confrontación, hay que reconocer que los intelectuales nacionalsocialistas lograron hacer de la lectura nihilista del romanticismo el sentido común de la nueva época. Y no solo teorizaron sino que actuaron.

PALABRAS CLAVE: romanticismo, nacionalsocialismo, intelectuales, espartaquismo

ABSTRACT

The German capitulation of 1918, as a remote memory, and the implosion of its economy at the end of the twenties, as an experience of life, prepared de ground for Hitler. But to understand the triumph of National Socialism and the ethnification of the political, in addition to the defeat of the Spartacist insurgency in 1919 and the political lightness of the SPD in a scenario of confrontation, we must recognize that the National Socialist intellectuals managed to make the nihilistic reading of romanticism the common sense of a new era. And they not only theorized but acted.

KEY WORDS: romanticism, national socialism, intellectuals, spartacism

VALIENTE, DECENTE Y BUENO

Nadie conoció tan íntimamente el cuerpo del mayor genocida de la humanidad como el médico y fisioterapeuta finlandés Felix Kersten. Heinrich Himmler, a quien el filólogo judío alemán Víctor Klemperer llamaba “perro sanguinario”, y de sobra conocido como diseñador y gestor de exterminios, sufría tan fuertes dolores y calambres estomacales que solo Kersten y sus mágicas manos eran capaces de aliviar. Y durante cinco años de tratamiento, prácticamente a diario, acabó estableciéndose una relación de dependencia vital del paciente con su sanador. Nada de esa historia conoceríamos si Kersten no hubiera sido un concienzudo anotador que cada noche ponía por escrito las conversaciones que durante las sesiones de terapia había mantenido con su paciente, describiendo minuciosamente los diálogos y, en general, los largos monólogos en los que el enfermo, ya liberado del dolor, se explayaba. Los documentos y fichas de Kersten, recientemente publicadas en forma de libro por su hijo Arno, son un material invaluable que ilumina ciertas áreas de la experiencia nacionalsocialista antes en penumbra¹.

Una de ellas, por ejemplo, es que buena parte de los máximos dirigentes del III Reich padecían serios problemas de salud. Como la fama de las milagrosas manos de Kersten se había extendido en la cúpula nazi, varios de ellos solicitaron sus servicios y él accedió a tratarlos concienzudamente. A Ribbentrop, el ministro de Asuntos Exteriores de Hitler, no le pudo hacer gran cosa, su salud estaba muy dañada, sufría migrañas, calambres, confusión neurológica hacia las personas y frecuentes episodios de desubicación espacial. De una arrogancia patológica (“¿verdad que me parezco a un lord inglés?” le preguntó en una ocasión mirándose al espejo), Kersten lo consideraba un hombre físicamente incapaz de desarrollar su trabajo. A Rudolf Hess, a quien trató durante meses, lo habitaba un profundo complejo de inferioridad y un sentimiento de escasa valía. Exotérico, vegetariano y de costumbres comedidas, sufría de impotencia sexual y envidiaba a las parejas de jóvenes que se abrazaban en los parques. Se rodeaba de adivinos, astrólogos y magnetistas. Disponía de doce imanes situados debajo de la cama para expulsar las sustancias venenosas de su cuerpo. “El mundo tiene que darse cuenta que Alemania no puede ser vencida. Debo tender la mano para que los pueblos hagan las paces con nosotros” (esto ocurría en los días de la ocupación alemana, y Hess lo dijo con lágrimas en los ojos). De Robert Ley, jefe del Frente Alemán del Trabajo (según él mismo, el jefe de los obreros más poderoso del mundo), a quien también trató, anoto que era un alcohólico crónico, con problemas hepáticos y obstrucción de las vías biliares. Profundamente corrupto y un megalómano que alardea de su ostentosa casa y

¹ Arno Kersten, *Las confesiones de Himmler. Diario inédito de su médico personal*. Barcelona: Pasado y Presente, 2017.

forma de vida (91), con rasgos paranoicos y, además, maltratador de su esposa. Esta le confesó a Kersten que temía que su marido la matara, acabando muerta a los pocos días, según se publicó, por suicidio².

Pero probablemente la aportación más incisiva de Kersten es la que describe el ambiente interno, el perfil humano y la cotidianeidad, no solo de Himmler, sino de los hombres que lo rodeaban, es decir el centro de poder que tenía a su cargo la planificación y ejecución del exterminio en masa. Hay que tener en cuenta que Kersten vivió los últimos tres años de la guerra literalmente pegado a Himmler, dedicado exclusivamente a su salud, viviendo en el tren especial en el que se desplazaba, y conviviendo con los generales y técnicos superiores de las SS que iban y venían, y que después de varios días de tedio a la espera de ser recibidos, acababan por sincerarse con Kersten, a quien veían como alguien independiente y apolítico, bonachón y comprensivo pero intocable, puesto que era el protegido del jefe.

El jefe, Himmler, verdadero macho alfa en esa manada de jefazos uniformados, tenía a su cargo las fuerzas policiales, además del complejo político-militar SS y el servicio de información, el SD. Es decir era el hombre mejor informado del III Reich y el que manejaba las palancas del poder real. Para nada se trataba de un cazurro sin escrúpulos cuyo único mérito de ascenso habría sido su temprana pertenencia al partido. Era el más disciplinado y meticulado de los dirigentes del entorno de Hitler, organizador exhaustivo y probablemente el de argumentos ideológicos más sólidos en un ámbito poblado por oportunistas, escaladores y acomodaticios. A diferencia de la mayoría de cuadros dirigentes que exhibían una ostentosa vida de lujos y extravagancias, Himmler llevaba la vida de un asceta. Y en los largos monólogos que dirigía a Kersten, y que este anotaba muy prolijamente, describía cómo se imaginaba la vida en la utopía feliz de una Alemania de postguerra, un mundo sin capitalistas, con una economía nacionalizada al servicio del pueblo, donde rigieran los principios del honor tradicional de los caballeros germánicos, con un Estado insignificante en el que la comunidad de sangre (*volksdeutsche*) volviera a los principios esenciales de la tierra y sepultara la degradación de la vida urbana, enferma de cosmopolitismo (judíos). Himmler encarnaba como ningún otro esa pulsión, siempre latente en el imaginario alemán, de vuelta a un pasado inventado, primigenio y puro, ligado a la tierra y la sangre, pero ahora dotado del inmenso poder de la técnica. “Nuestros enemigos son los sabihondos, los líderes industriales, los militares de alto rango, los terratenientes, los altos funcionarios y los ilustrados del mundo académico. Después de la guerra vamos a

² Kersten, *Las confesiones de Himmler*. Barcelona: Pasado y presente, 2017, pp. 55, 61, 256.

nacionalizar la industria al igual que las grandes fincas. Entonces la vida será hermosa”³. Le hacía feliz sobre todo narrar lo que serían los grandes espacios del Este una vez que hubieran desaparecido treinta millones de eslavos y cuando varios millones de germánicos puros (fundamentalmente holandeses y alemanes del Este) se hubieran instalado en esas tierras como colonos, fundando pueblos de agricultores-soldados, especie de falansterios autosuficientes, en los que desaparecería la enfermedad del desarraigo propia de la modernidad. Se construirían autopistas desde los Urales a España, trenes gigantes que circularían sobre vías de cuatro metros de ancho. Y finalmente se cambiaría el clima y el paisaje “para adaptarlo al gusto alemán”⁴.

Aunque Kersten no supo hasta el final de la guerra la verdadera dimensión del exterminio en masa, sí comenzó a percibir señales, por conversaciones captadas al azar en el tren de Himmler, de que los hombres que por allí transitaban estaban haciendo algo sucio y aberrante, intuyendo que los asesinatos en las zonas de guerra eran de una escala inimaginable. Y que él, precisamente, no solo convivía con los jefes de la carnicería sino que era tratado por ellos con deferencia. Ese doble vínculo entre la maldad sin freno y la cotidianeidad física, trufada incluso de afectos, que habitaba a hombres que habían soltado amarras con toda contención humana, se expresaba de diversas maneras. En la reciente publicación de la abundante correspondencia que mantuvo durante años con su esposa Margarete (nacional socialista convencida), Himmler emplea reiteradamente los tópicos de marido ejemplar y padre amantísimo de su hija Gudrum. En un tono, por lo demás, sin alma y de formalismo predecible, todo está orientado a lo cotidiano, a los detalles domésticos, a la supervisión de la educación de la hija, al recordatorio de citas médicas, y por supuesto ni una palabra de sus visitas a los centros de exterminio. Aunque aconsejando desde la distancia a su hija en los valores que siempre deberá seguir: “En la vida siempre hay que ser valiente, decente y bueno. Tu papi”⁵. El día de su visita a Auschwitz, 18 de julio de 1942, escribe a su mujer “querida mami... muchos abrazos y besos afectuosos de papi”⁶. Ese aferrarse a la ilusión de una normalidad de vida, sería el único anclaje con la existencia real para seres que, aunque moralmente muertos, eran superados en su propia fisicidad por la práctica de lo que hacían.

Hasta ahora nadie como Kersten había ofrecido testimonios tan íntimos y directos sobre la cúpula de las SS. Sus años de convivencia en un tren cerrado le permitieron

³ Ibid., 40.

⁴ Ibid., 69, 206 y 211.

⁵ Katrin Himmler y Michael Wildt, *Himmler según la correspondencia con su mujer (1927-1945)*. Madrid: Taurus, p. 219.

⁶ Ibid., 269.

observar a esos hombres y valorarlos. De los cincuenta que convivían en el convoy y de las docenas que por ahí transitaban dejó anotaciones invaluable. A la mayoría del estado mayor de Himmler los motivaba el arribismo y la posibilidad de escalar altos puestos, casi todos le hablaban de las prometidas grandes fincas que obtendrían en el Este una vez acabada la guerra y de la gran vida que les esperaba, todos buscaban medallas (la Cruz de Hierro, etc.) con las que trepar en el escalafón. Y por lo que pudo observar, la aspiración al rango y a la riqueza eran, en ellos, más fuertes que las motivaciones ideológicas. En general predominaban los individuos encallecidos y algunos brutales, inmersos en intrigas mutuas por conseguir la cercanía y el favor del jefe, y ello era estimulado por Himmler, que además hacía la vista gorda ante la notoria corrupción y venalidad de sus subalternos, contradiciendo el ascetismo de sus hombres, cosa de la que alardeaba. Era notorio el caso del general Oswald Pohl, responsable del departamento de economía y comercio de las SS, a quien Kersten define como “implacable y brutal y totalmente sobornable”, que había adquirido una mansión de cinco millones de marcos, lucrándose del trabajo esclavo en los campos de concentración. Pero también, curiosamente, describe a ciertos individuos con benevolencia, caso del general Gottlob Berger, “hombre de buen corazón cubierto de un caparazón tosco”, o del mismísimo secretario de Himmler, el doctor Rudolph Brandt, según Kersten, un hombre decente inmerso en un torbellino que lo superaba⁷.

Aunque, definitivamente, la índole de sus acciones superaba para algunos la capacidad de su propia tolerancia física y emocional, comenzando por el propio Himmler. Bach von Zelewsky, general SS próximo a su jefe, relataría años después en la prisión de Nuremberg al psiquiatra norteamericano Goldenshon las nauseas y vómitos de Himmler cuando asistió por primera vez a un asesinato colectivo en Bielorrusia y su alergia a la sangre⁸. Otro dirigente de las SS, W. Schellenberg, lo definía como personalmente blando y cobarde, sus ayudantes debieron sostenerlo al sufrir un desmayo cuando asistía a una ejecución múltiple⁹. A Walter Blume, coronel de las SS que mandaba una de las unidades de exterminio en Bielorrusia, le resultaban repugnantes las ejecuciones en masa, pero sin embargo disparaba para dar ejemplo a sus hombres. En la primera ejecución vomita y las nauseas lo acompañarían durante el tiempo que dirigió su unidad. A Rudolf Mildner, jefe de otra unidad de exterminio en Katowice, Goldenshon lo encontró en la cárcel de Nuremberg convertido en piltrafa humana, las alucinaciones que su experiencia en el Este le provocaban lo habían

⁷ Kersten, 62 y ss.

⁸ Leon Goldenshon, *Las entrevistas de Nuremberg*. Madrid: Taurus, 2004, p. 338.

⁹ Joe Heydecker y Johannes Leeb, *El proceso de Nuremberg*. Barcelona: Bruguera, p. 353.

hundido en una depresión reactiva, no comía, vomitaba y lloraba sin parar¹⁰. También es sabido que Hans Frank, gobernador general de Polonia y juzgado en 1946 como uno de los mayores criminales de guerra, se vino abajo en la cárcel. Este hombre, que fue uno de los grandes en el III Reich y mandó a la muerte a millones de eslavos y judíos, pasó sus meses de prisión llorando, escribiendo un meticuloso diario de los hechos e invocando a Dios para que perdonara sus pecados.

Para estos individuos, la mayoría con títulos universitarios, el trabajo sucio que desarrollaron y del que nunca dijeron sentirse orgullosos, lo asumieron como una contribución heroica al pueblo alemán. Nunca alardearon de ello, al contrario, la norma era la discreción y el evitar “sufrimientos innecesarios” a quienes ejecutaban. Un caso prototipo sucedió cuando al general SS J. Stropp, quien dirigió la destrucción del gueto de Varsovia, se le ocurrió mandar a sus superiores un meticuloso informe de 75 páginas en formato libro forrado en piel, describiendo el asesinato de 56.000 personas. El general A. Jold, su mando directo, furioso se preguntaba cómo era posible que “esos sucios y arrogantes cerdos” pudieran escribir tan concienzudos informes sobre una acción criminal a la que había que cubrir de tierra¹¹. Es cierto que Stroop resultó ser un caso perdido de cínico sadismo. Cuando años después esperaba la ejecución (1952), en una cárcel de Varsovia, compartió celda durante meses con el escritor polaco K. Moczarski, quien en los años siguientes escribió un libro sobre el personaje, *Conversaciones con un verdugo*¹², demoledor testimonio sobre un hombre en estado de degradación.

EL MAESTRO CHAVES ESTUVO ALLÍ

Mucho antes, cuando estos hombres ahora aturcidos, vivían momentos de febrilidad gozosa porque Hitler, su guía, acababa de ser “coronado” canciller de Alemania, un periodista sevillano recorrió el país en abril de 1933 para informar a España de lo que ocurría. Manuel Chaves Nogales, corresponsal del diario de Madrid *Ahora*, era cualquier cosa menos un bisoño observador que se dejara impresionar por la grandilocuencia de los escenarios. Se trataba de un experimentado periodista que en los diez años anteriores había recorrido Europa escribiendo sobre el momento y había visitado la República de los Soviets mandando mordaces crónicas sobre lo que sucedía

¹⁰ Goldenshon, 450.

¹¹ Heydecker y Leeb, 400.

¹² Traducido y publicado en España por Alba Editorial (2009).

en Rusia¹³. Desde el instante que cruzó la frontera alemana por Kaiserlautern, Chaves percibió que entraba en un mundo sorprendente. Su primera impresión al ver la multitud de grupos con camisetas pardas que recorren las calles es que los “nazis no tienen barriga”, son todos hombres atléticos, que practican deporte y que probablemente son delgados porque “hasta ahora han comido poco”¹⁴. Se trata de una masa juvenil, rebelde y radical, que se ha entregado con alma y corazón al *Führer* (72). Y es ahí donde percibe que el nacional socialismo encarna una verdadera revolución, un cambio generacional sin precedentes en Alemania, que quiere cambiar las reglas del juego, internas y externas. Le asombra cómo en solo dos meses en el poder Alemania parece haber sido nazificada. En lo aparente es evidente, por la proliferación de esvásticas, de masas uniformadas de pardo atronando con botas claveteadas, de escenografía urbana decorada con posters de Hitler. Y en la modelación de una nueva conciencia colectiva que comparte las propuestas anti burguesas, antijudías y belicistas del partido en el poder.

Observador perspicaz, supo leer el ambiente que se respiraba en Alemania y pronosticó que la guerra era inevitable en el plazo de tres años (resultó ser el doble). Le había impresionado el ambiente bélico que dominaba en la calle, en las oficinas y sobre todo en los *Gasthof*, las tabernas populares alemanas que, para Chaves, eran el termómetro político del país. Estaba seguro de que Alemania iba a entrar en guerra porque percibió que el pueblo alemán la quería, tras doce años de propaganda belicista, y ya habían sido moldeados¹⁵. En la visita que hizo a los campos de trabajo voluntarios que el régimen puso en marcha desde el primer momento para absorber desempleados, vio a un ejército en formación, en el que los capataces actuaban como sargentos de instrucción. En dos meses el nuevo gobierno había reclutado a 300.000 parados convirtiéndolos en peones con una recompensa solo alimentaria. El campo de concentración de Dachau (¡dos meses después de la toma del poder!) ya era un símbolo conocido en toda Alemania, a donde se sabía enviaban a los comunistas y disidentes en general, y no era percibido por la población con especial desaprobación. Eso sí, era el único lugar al que los corresponsales de prensa les estaba prohibido el acceso.

En esos meses la popularidad de Hitler y la confianza en sus promesas era tal que la mayoría de alemanes vivían en estado de euforia. Eran los días en los que Goebbels

¹³ M. Chaves Nogales, *El maestro Juan Martínez que estaba allí* Los Libros del Asteroide, 2006.

¹⁴ M. Chaves Nogales, *Bajo el signo de la esvástica*. Granada: Almuzara, 2012, p. 15.

¹⁵ *Ibid.*, 26.

anotaba en su diario estar viviendo un “sentimiento de felicidad febril”¹⁶. Las grandiosas promesas del *Führer* sobre un porvenir luminoso, aunque pidiendo unos años de espera, habían seducido a una población para la que el presente seguía siendo una pesadilla, de pobreza, desubicación y desánimo. Y fue testigo de la miseria en barrios berlineses paupérrimos, en campamentos rurales de parados cobijados bajo lonas viviendo de lo que el terreno daba, o de cuadrillas de jóvenes vagabundos (“siempre había alguno que llevaba una mandolina”) recorriendo los caminos de Alemania en busca de sustento. La eficaz energía organizativa del nuevo régimen, absorbería en corto tiempo a esta masa, incrustando a cada quien en cualquiera de las piezas productivas puestas en marcha: allanamiento de tierras, obras de desecación o construcción de carreteras y autopistas.

No le pasó desapercibido a Chaves que para mantener la ya gigantesca maquinaria del Partido, con su enorme parque móvil, sus suntuosas sedes políticas, el enorme dispendio en uniformes, escenografías y funcionariado militante asalariado, hacía falta mucho dinero. Y de algún sitio habría de salir. Intuyó, con certeza, que esas sumas salían de los bolsillos de los Thyssen, los Krupp y demás magnates de la industria y las finanzas¹⁷. No estaba equivocado, como años después el mismo F. Thyssen reconocería en un libro de memorias, titulado oportunamente *Yo pagué a Hitler*¹⁸, donde desvela, además, el papel que él mismo desempeñó como enlace de Hitler con la gran empresa alemana, siendo él mismo el encargado de la colecta que durante años iba a parar a las arcas del NSDAP¹⁹.

Chaves tenía la convicción de que las mujeres alemanas habían sido el soporte del ascenso de Hitler, votándolo prácticamente en masa. Y percibió que lo que parecía una contradicción tenía gran sentido. Cuando Hitler insistía desde siempre que el papel de la mujer era la cocina y el parir hijos, no lo enemistaba con las mujeres, al contrario, al proporcionarles la esperanza de cocina y hogar les estaba prometiendo estabilidad alimentaria y seguridad hogareña, en un tiempo en el que para millones de alemanas esto era solo una ilusión. Y con respecto a niños y adolescentes fue testigo de cómo el nuevo régimen se orientaba obsesivamente hacia ellos, encuadrándolos en organizaciones infantiles y juveniles, uniformándolos, convirtiendo a la juventud

¹⁶ Götz Aly, *La utopía nazi. Cómo Hitler compró a los alemanes*. Barcelona: Crítica, p. 362.

¹⁷ Chaves, 44.

¹⁸ Fritz Thyssen *Yo pagué a Hitler*. Sevilla: Renacimiento, 2017.

¹⁹ Eric Vuillard ha recreado un cónclave de banqueros e industriales para apoyar con cientos de millones a Hitler en su novela-crónica *L'ordre du jour*. Actes Sud, París, 2017.

alemana en una gigantesca formación *boy scout*, ocupados en perpetuas marchas campestres, con obsesión deportiva y guiados por los principios del compañerismo, el honor germánico y la ciega lealtad al líder. Y predijo que en pocos años todo esto acabaría en una generación robotizada²⁰. Asistió, igualmente, al diseño de lo que sería la primera política a gran escala de “administración de la vida”, es decir la generalización de la eutanasia en discapacitados o enfermos incurables, la esterilización de material humano considerado superfluo, el surgimiento de clínicas administradas por las SS de reproducción de arios puros, o la propaganda que estimulaba el aceleramiento demográfico, alentando la bigamia de hombres escogidos para maximizar la “producción” de humanos.

Pero lo que asustó de veras al sevillano fue el ambiente anti judío, mucho más generalizado de lo que se conocía en el extranjero. Cuando visitó Alemania ya se habían pintado a grandes brochazos los escaparates de las tiendas judías y comenzado su boicot, ya los estudiantes universitarios reclamaban la expulsión de sus profesores judíos, ya se estaba despidiendo del funcionariado civil a los judíos y eran fuertes las presiones a los empresarios para despedir a sus trabajadores judíos. Indagó, como buen reportero, en las políticas biológicas sobre la pureza de sangre y le resultó grotesca la minuciosa meticulosidad con la que el nuevo régimen clasificaba en segundo, tercer o cuarto grado la proximidad al esencialismo racial. Lo entendía como un retorno inesperado al medievalismo profundo, incomprensible en un país con la tradición cultural de Alemania. Todo ello resultaba en la activación de las fuentes de energía más primarias²¹ que estaba haciendo extenderse meteóricamente un formidable movimiento de odio popular²².

Para Chaves lo que Alemania vivía en esos días era una verdadera revolución, aunque fuera una revolución torcida con carácter de contrarrevolución. Él, que conocía la Unión Soviética, encontraba similitudes: energía, movilización, juventud y pérdida de deferencia. Era clara la simbiosis entre nazis y juventud. Y en ello había algo que la historiografía posterior tardaría tiempo en barajar, es decir el radical cambio generacional que el régimen puso en marcha desde los primeros días. En su libro sobre cómo Hitler compró la conciencia de su pueblo, el historiador alemán Götz Aly coincidiría con Chaves, setenta años después, en el papel capital que jugó la sustitución generacional, evidenciada por la radical bajada de la edad media de la nueva dirección política alemana y en los enormes ascensores sociales que el régimen abrió. Aly describiría al III Reich como “una dictadura de los jóvenes”, en la que se acabó

²⁰ Chaves, 65 y ss.

²¹ Ibid., 102-107.

²² Ibid., 114.

produciendo un perfecto ensamblaje entre la vieja burocracia y los cuadros de la administración imperial con la nueva hornada de jóvenes dirigentes impetuosos²³.

Antes de acabar su visita, Chaves tuvo la oportunidad de entrevistar a Joseph Goebbels, a quien describe como un ridículo hombrecito enfundado en una gabardina. Pero lejos de subestimarlo, intuyó que la mordaz inteligencia de ese hombre, tan peligrosa como una espada de samurái, era quien orientaba en la práctica la acción política. Y tuvo claro que se trataba del segundo elemento de poder del régimen. Al abandonar Alemania, Chaves llevaba ya el amargo presentimiento de un futuro sombrío.

EL MÉDIUM

Si en esos primeros meses todavía había escépticos sobre el recorrido que pudiera tener el “cabo bohemio” convertido en canciller, pronto se disiparon las dudas. La instalación de Hitler en el centro de todas las determinaciones de Alemania fue meteórico, el eficaz formato propagandístico manejado por Goebbels había convertido al hombre en un Dios omnisciente dotado de poderes mágicos y elegido por la providencia. Y la sabia escenografía de masas con la que el personaje era presentado le posibilitaron encarnar el papel de sumo sacerdote, bajo cuyo control se desplegaban las emociones, la vida consciente de los alemanes y, naturalmente, el destino final. Por inmensa que sea la producción historiográfica sobre Hitler, por muy intensamente que se haya indagado sobre ello (y a mi juicio la más profunda biografía sigue siendo la de Joachin Fest²⁴), esa simbiosis de un hombre con un tiempo y un pueblo hasta despeñarse en el infierno, seguirá siendo fuente de reflexión de por vida. El mismo G. Aly comienza y acaba su obra haciéndose la pregunta: ¿cómo pudo ocurrir esto? Que es la misma pregunta que todos se han hecho y seguirán haciéndose. La capacidad de seducción que emanaba del personaje, tanto en el contacto físico como en sus intervenciones de masas, funcionaba como magneto que atraía sin escape a su entorno. El filólogo V. Klemperer anotaba los comentarios que le enviaba un amigo suyo, comerciante judío de Múnich todavía en los primeros años de su acción pública, a mitad de los años veinte: “Al principio, cuando en el norte de Alemania no lo conocía nadie, lo oí hablar varias veces en Múnich. Nadie puede resistírsele, yo tampoco, no hay manera de resistirle”²⁵. Esa irresistible capacidad de atracción-seducción, cuando se extendió por todos los rincones alemanes acabó de consagrarlo como oráculo absoluto,

²³ Aly, 17.

²⁴ Joachin Fest, *Hitler*, 2 vol. Barcelona: Noguer, 1974.

²⁵ Victor Klemperer, *LTI. Apuntes de un filólogo*. Barcelona: Minúscula, 2001, p. 86.

generando en la población un “estado de catarsis revolucionaria” en el que él encarnaba al *medium*. Y ello no impugna el desprecio con el que Hannah Arendt resumía esa fusión, esa alianza entre chusma y elites que llevó a Alemania a una corrupción sin parangón de la conciencia moral.

Albert Speer dedicaría miles de páginas y 35 años de su vida a explicarse y explicar al mundo quién era en realidad ese hombre y cuáles eran los lazos de subyugación que lo habían mantenido conectado a él. En su *Diario de Spandau* anotaba: “Algunos presentan a Hitler como un dictador furibundo, un ser desaforado apenas se le diera el menor motivo. Creo que eso es falso y peligroso. Si se suprime todo rasgo humano de la imagen de Hitler, si se le arrebatara su poder persuasivo, sus cualidades más atrayentes o incluso su encantadora jovialidad, que él sabía exteriorizar cuando quería, no se podrá explicar con imparcialidad el fenómeno”²⁶. Como es sabido, la carrera del joven Speer fue meteórica. A los 28 años había sido adoptado por Hitler como su arquitecto personal y se le encargaron obras faraónicas de tal calibre que ningún profesional hubiera podido soñar, no solo construir la Cancillería y otros edificios ministeriales sino remodelar arquitectónicamente Alemania entera. En los años finales de la guerra fue nombrado ministro de armamento, función que desempeñó con eficacia. De todos los dirigentes del régimen, Speer fue quien mayor proximidad física y emocional tuvo con Hitler y quien más cerca pudo estar de lo que podría llamarse amistad (si ese concepto cabía en el personaje). Y fue el único de los dirigentes del círculo íntimo de Hitler que se salvó de la horca en Nuremberg, en una controvertida sentencia que tuvo en cuenta su asunción de culpa y su negativa a defenderse de la acusación de genocidio. Considerado en perspectiva, esa benévola sentencia fue un regalo para la posteridad, puesto que durante los 20 años de cárcel Speer redactó las que posiblemente sean las páginas más enjundiosas jamás escritas sobre el universo nacional socialista, publicadas más tarde como *Diario de Spandau y Memorias (Erinnerungen)*. Lo que ligaba a ambos hombres, aunque parezca extraño, era la búsqueda de la belleza a través de la fusión política-estética. Según Speer “el régimen tenía una sorprendente necesidad de belleza; su rudeza e inhumanidad corrían parejas con un curioso sentido de lo bello, de lo íntegro, de lo inmaculado”²⁷ (por ejemplo, las ideas sobre el bosque mixto, la filosofía de la belleza en las autopistas, las leyes de protección de la naturaleza, etc.). Isaiah Berlin también repararía en ello cuando sugería que el movimiento entero fue un intento de cubrir la realidad con un modelo estético, de modo que todo debería obedecer a las reglas del arte.

²⁶ Albert Speer, *Diario de Spandau*, Barcelona: Plaza y Janés, 1977, p. 55.

²⁷ *Ibid.*, 477.

Claro que a Speer le sucedió como a otra inmensa mayoría a los que los días de gloria arrastraron en su inercia a una situación paroxística cargada de energía finalmente destructora, sin escapatoria. Quien como él fuera hijo de una familia burguesa y cultivada, alejada del zafio matonismo del régimen, acabó visitando campos de concentración, supervisando las fábricas con mano de obra esclava e, incluso, asistiendo al discurso para cuadros que Himmler pronunció en Posen y donde habló sin ambages de cómo se estaba ejecutando la Solución Final. Cuando todo acabó y vivió para contarlo, por fin se le abrió un haz de luz: “Yo no había servido a un tribuno de las masas cargado de buenas intenciones ni al restaurador de la grandeza alemana sino a un ser lleno de odio enfermizo. El pueblo que le amaba, la grandeza alemana de la que hablaba constantemente, todo ello no significaba nada. Todavía recuerdo el estupor con el que leí la cláusula final de su testamento que, en medio de un final apocalíptico, quería ligarnos a todos a un lamentable odio hacia los judíos”²⁸. Ahí también cayó en la cuenta de que la belleza con que había intentado adornar los escenarios era vulgar. “Su vulgaridad me resultaba siempre perceptible en el análisis retrospectivo. ¿Por qué me pasó inadvertida mientras vivió? La energía de ese hombre exclusivamente aniquiladora fue derivando sin cesar hacia lo destructivo”²⁹. Leny Riefenstahl, también cercana en algún momento a Hitler y por quien tanto hizo con sus documentales, había sufrido el mismo embrujo que los demás. “En sus discursos se transferían a él los sentimientos de las personas que lo aclamaban, sentimientos que él absorbía como un *médium*...y esa fascinación que irradiaba hizo que se desquiciara todo un mundo; ¡cuán enorme era el efecto que se desprendía de él!”³⁰. Si, en esencia, el empeño de Speer en sus casi mil páginas de *Memorias* fue el de desentrañar qué extraña seducción había ejercido Hitler sobre él, Riefenstahl una vez leído el manuscrito le escribió a su amigo (según ella, el único que le merecía respeto) notificándole que no le había aclarado nada, que no había entrado en el meollo de la cuestión, más allá de las perífrasis, y que seguía sin encontrar el hilo conductor en la justificación de Speer³¹.

Toda la obra de Speer está traspasada por la misma obsesión: tratar de desentrañar quién fue y cómo era en realidad Hitler. Y por muchas vueltas que le dio, acabó

²⁸ Speer, 422.

²⁹ Ibid., 66.

³⁰ Leny Riefenstahl, *Memorias*. Barcelona: Lumen, 1991, pp. 288 y 564.

³¹ El historiador Joachim Fest, quien más íntimamente y durante más tiempo se relacionó con Speer a partir de 1966, se dio cuenta a la muerte de este que el arquitecto le había tomado el pelo, lo había engañado durante años de conversaciones sobre el desconocimiento que dijo tener de la Solución Final y de su ausencia en el discurso de Himmler en Poznan. J. Fest, *Conversaciones con Albert Speer. Preguntas sin respuesta*. Barcelona: Destino, 2008, p. 216.

resultándole inaprensible. Lo que sí señala Speer son dos rasgos del personaje, uno de ellos es el que se refiere a sus dos etapas, la industrial constructivista con sus grandes proyectos artísticos y la destructora, es decir la del artista que destruye su obra en un escenario paroxístico. Y ligado a esto, es decir al comportamiento de artista bohemio propio de Hitler, su método de gobierno, absolutamente heterodoxo y enloquecido, en el que jamás funcionó con un consejo ministerial. Speer señala la descoordinación entre los distintos ministerios, la inexistencia de relaciones horizontales entre los responsables políticos, un universo en el que cada hilo era independiente pero todos confluían en el vértice. Y en el que Hitler no señalaba tareas con precisión, sino solo sugerencias que cada uno interpretaba a su conveniencia. Eso posibilitó que los acusados en Nuremberg, y en otros juicios posteriores, alegaran en su descargo que ellos sólo sabían de lo que era de su competencia, pero no tenían una visión de conjunto. Así Speer, ministro de armamentos descargó en F. Sauckel, ministro encargado del reclutamiento de trabajadores, la responsabilidad en la esclavización de la mano de obra no alemana. Speer simplemente solicitaba más obreros, el modo en que Sauckel lo consiguiera era su asunto. El ministro de economía W. Funk dijo desconocer el origen de los miles de millones de marcos obtenidos del expolio a los judíos, él simplemente se limitó a integrarlos al circuito financiero. El mariscal Keitel, subordinado militar de Hitler, se mostró sorprendido ante las evidencias de Auschwitz. Goering, el segundo hombre del Reich, alegó desconocer esa historia, maldiciendo a “ese cerdo” de Himmler por el callejón sin salida en el que los había metido³². Por su parte Himmler tenía mandato, según él, de Hitler para poner en marcha la Solución Final, y como le dijo en múltiples ocasiones a su fisioterapeuta, guardaba en su caja fuerte la orden firmada por Hitler, aunque nunca se la enseñó y Kersten dudase de que existiera.

El estilo hipnótico con el que Hitler ejerció la conducción y gestionó la entrega emocional de la mayoría de los alemanes no hubiera sido por sí solo factor suficiente para entender su adhesión al líder hasta la misma víspera de la hecatombe. Según G. Aly los alemanes fueron comprados por el estómago. “El consenso mayoritario no emanaba tanto de un convencimiento ideológico como del soborno sistemático sobre el bienestar social”³³. En los primeros años el expolio de los bienes judíos significó una financiación de urgencia en la redistribución popular. Posteriormente se trató de un gigantesco pillaje, de un proceso de blanqueo de dinero a escala, en el que acabaron participando todos los países ocupados en beneficio de Alemania.³⁴ Aly ha calculado

³² Ver Richard Overy, *Interrogatorios. El Tercer Reich en el banquillo*. Barcelona: Tusquest, 2003.

³³ Aly, 338.

³⁴ *Ibid.*, 213 y ss.

que entre 1939 y 1945 los ingresos obtenidos en los países ocupados fueron de 131.630 millones de marcos³⁵. Más todavía, según él fueron las dificultades durante la guerra para alimentar a los alemanes las que propiciaron el genocidio³⁶. Ello nos lleva a otro hilo conductor, el que convierte al anti semitismo y al anti eslavismo en elementos constituyentes de las utopías de prosperidad y grandeza que el III Reich prometía. Si al principio pocos pudieron tomar en serio las “excentricidades raciales” del nacional socialismo, con el tiempo acabó por naturalizarse la práctica genocida, como elemento constitutivo del nuevo orden. El escritor ruso Ilya Ehrenburg lo resumía en un artículo de 1944 en *Pravda*: “todo esto que empezó con bromas estúpidas sobre los judíos, con los gritos de los niños en la calle, con carteles de propaganda, acabó al final en Majdanek, Babi Yar, Treblinka, en zanjas llenas de cadáveres de niños”³⁷.

SABER Y MATAR EN LA TIERRA DE LA INDETERMINACIÓN

En todo caso, la despreocupación del “alemán medio” hacia las formas de gestión del poder, o hacia el particularismo que pudieran adoptar ciertas prácticas de grupos extremos, es decir la renuncia a lo político, dejó campo libre a la acción de quienes tenían un proyecto de imperialismo racial largo tiempo alimentado. Y no hablamos de matones de camisa parda, periodistas vociferantes o jefes locales del partido, al fin y al cabo “personal de tropa”, sino de una generación de intelectuales, procedentes de las mejores universidades alemanas, cuyo compromiso con el proyecto racial los llevó, no solo a legitimar teóricamente la práctica genocida sino a implicarse físicamente en ella. Intelectuales que al tiempo que publicaban en revistas académicas, o que desempeñaban cargos administrativos de alto nivel, tuvieron la experiencia de comandar alguna de las cuatro unidades móviles de ejecución que operaban en la retaguardia de la Wehrmacht, conocidas como *Einsatzgruppen* (A, B, C, D). Veamos: Otto Rasch, jefe del grupo C, doctor en derecho y economía política, políglota; Paul Blobel, del grupo A, arquitecto; Walter Blume, jurista; Otto Ohlendorf, jefe del grupo D, doctor en derecho y economía. Cada una de las unidades estaba compuesta por unos 3.000 elementos, reclutados de manera aleatoria, unos procedentes de la policía, otros voluntarios de las SS y otros muchos incorporados bajo amenaza. El coronel SS H. Keppler explicó en alguna ocasión a Félix Kersten cómo eran incorporados a estas unidades jóvenes reclutas del ejército regular, sorprendidos en faltas menores y

³⁵ Ibid., 334.

³⁶ Ibid., 202.

³⁷ Joshua Rubenstein, *Lealtades enmarañadas. Vida y época de Ilyá Ehrenburg*. Madrid: Siglo XXI, 2012, p. 285.

sometidos a chantaje para evitar su fusilamiento o el asesinato de sus familias³⁸. Esto es, el proceso que llevaba a jóvenes normales, dirigidos por doctores, a convertirse en asesinos.

El historiador Christian Ingrao, en una aportación invaluable, ha seguido el recorrido de 80 de estos académicos, desde sus años de formación universitaria hasta la consumación del ejercicio genocida. Todos ellos habían nacido en la primera década del siglo, es decir eran treintañeros cuando dispusieron de poder ilimitado. A todos los marcaba la herida profunda de la capitulación alemana en 1918 y el resentimiento hacia quienes consideraban artífices de la traición, es decir comunistas, judíos y socialdemócratas. Sumidos en una “profunda crisis existencial”, como expresaría Ohlendorf en su alegato final ante el tribunal que lo juzgaba en 1948, encontraron una salida natural en la extrema derecha *wolkish* (populista), como ocurrió, por otra parte, con la mayoría de las elites juveniles durante la República de Weimar. Pero a diferencia del tradicional conservadurismo social, estos jóvenes intelectuales obsesionados con lo étnico y que habían hecho de la pureza racial el meollo de su producción ideológica, despreciaban el dominio de las elites tradicionales basadas en el poder del dinero y de las armas, en esencia eran radicalmente anti burgueses. La producción teórica de Werner Best³⁹, jurista de la universidad de Friburgo y el de mayor influencia académica entre ellos, indagaba sobre los mecanismos de una revolución nacional anti burguesa dirigida desde arriba, Franz Six, de Heidelberg, teorizaba sobre la nazificación de Europa y Otto Ohlendorf trabajaba sobre una teoría nazi del reparto de la riqueza⁴⁰. Estos hombres estaban lejos del arquetipo de militante nazi forjado en las peleas callejeras en los años veinte, de hecho tuvieron escaso interés en afiliarse al NSDAP y cuando lo hicieron fue por imposición. Su acceso al poder fue a través de la puerta que les ofreció directamente Himmler en las SS, porque consideraban que era esta, y no tanto el partido, la organización que encarnaba la Alemania racial que soñaban. Prácticamente todos trabajaron para la SD, el servicio de información y de producción teórica, es decir la elite intelectual de las SS. Y fueron ellos quienes hicieron de las SS la eficaz máquina organizativa, de producción ideológica, de clasificación y análisis de la información y sobre todo de elaboración del gran proyecto utópico de la colonización del Este.

Para el nacional socialismo el Este se había concretado como el gran proyecto de la Alemania eterna, el espacio donde plasmar la utopía. En la hermenéutica racial era el

³⁸ Kersten, 281.

³⁹ Christian Ingrao, *Creer y destruir. Los intelectuales en la máquina de guerra de las SS*. Barcelona: Acontilado, 2017, p. 142.

⁴⁰ *Ibid.*, 525.

ámbito de lo confuso, la tierra de la indeterminación pero también el espacio de la promesa; más que una geografía era un imaginario en el que todo podía ocurrir, un lugar vacío donde comenzar a construir la historia. El que esa tierra fuera habitada por gentes eslavas era un accidente de la temporalidad histórica que la ingeniería biológica y militar resolvería en pocos meses o como mucho en algún año. En las conferencias internas que los intelectuales de las SS impartían a los cuadros, señalaban que Alemania había vivido tres guerras de los Treinta Años, dos de ellas perdidas: la del siglo XVII con el resultado de una Alemania fragmentada, la de las guerras napoleónicas (1789/1815) con una tierra devastada. Pero la que había comenzado en 1914, aunque todavía no concluida, sería la de la victoria final y el aseguramiento de un espacio expandido y blindado⁴¹. En un discurso en enero de 1941 Himmler, recordaba el general SS Bach von Zelewski, había indicado la necesidad de reducir en 20 millones la población eslava⁴². Y el *Generalplan Ost* (Plan General para el Este), fabricado por los intelectuales SS en 1942, era una meticulosa guía sobre traslado de poblaciones, nuevos asentamientos de colonias germanas y un protocolo para el exterminio de población sobrante, en el que se prescribían calendario y métodos de acción.

Con la Operación Barbarroja, junio 1941, comenzó la aplicación sobre el terreno del utopismo racial, esto es, el paso de la teoría a la acción. Y es ahí donde los intelectuales acabaron demostrando que eran consecuentes con sus lógicas discursivas. 32 de los 80 elementos analizados por Ingrao fueron destinados al Este (42%), emprendiendo lo que en la jerga interna se conocía como el “Viaje al Este”, la práctica de la *Osteinsatz* (operación en el Este), una experiencia extrema en sus vidas, ya de por sí extremas. Hay que anotar, además, que la incorporación de la mayoría de ellos al Este coincidió con un cambio de fase, el paso de las ejecuciones preventivas (según el eufemismo administrativo) aplicada en la ocupación de Polonia, a la aniquilación total. Es decir el tránsito de un imaginario apaciguador y segregacionista a un imaginario del exterminio, y ello operado en un plazo en tres o cuatro semanas del mes de julio⁴³. Si en los dos años de la ocupación de Polonia las ejecuciones habían alcanzado las 50.000 víctimas, en solo los meses de julio y agosto de 1941 la cifra se disparó. Lo que vino a continuación desbordó los indicadores, en los últimos cuatro meses de ese año se asesinó a medio millón. Por ejemplo: en dos días el *sonderkommando* 4 mató en Babi Yar a 33.371 personas, el *einsatzkommando* 5 a 23.600 en Kamenets, el 19 y 20 de septiembre asesinaron a 8.000 personas en Pololotsk, 6.500 en Bobruisk y 18.000 en Vinnytia⁴⁴. Así que desde el primer momento de su incorporación al Este, los

⁴¹ Ibid., 339.

⁴² Heydecker y Leeb, 351.

⁴³ Ingrao, 316.

⁴⁴ Ibid., 351.

intelectuales SS se vieron envueltos en la fase de una violencia paroxística. Un memorando distribuido a las unidades de ejecución en 1941 determinaba el perfil de población a eliminar sobre el terreno. El objetivo inicial era descabezar la estructura política de la URSS, de modo que comisarios del Ejército Rojo, miembros del Partido Comunista soviético y funcionarios gubernamentales serían ejecutados en el acto una vez apresados⁴⁵. Pero sobre todo lo que supuso el cambio cualitativo de más calado, el que generó profundas implicaciones psicológicas, fue la inclusión de mujeres y niños entre la población a matar. No fue fácil para los jefes de las unidades de ejecución hacer que sus hombres vencieran la repugnancia a asesinar a niños en masa, por lo que significaba de transgresión a toda regla conocida en la milenaria historia de la guerra, y debieron ser los mismos jefes quienes, pistola en mano, dieran ejemplo a sus subordinados matando a los primeros niños⁴⁶. A partir de ahí todo se hizo más rutinario.

Desactivar la humanidad fue un proceso metódico que tuvo como centro experimental el Este. Pero despojar de humanidad a judíos y eslavos significaba al mismo tiempo un simétrico proceso de auto brutalización y deshumanización en los ejecutores. De ahí que los intelectuales SS fueran extremadamente escrupulosos en objetivar este “repugnante trabajo”, en asumirlo como la más penosa de las tareas que solo gentes de firme convicción moral podían ejecutar. El jurista W. Blume, al frente de un *einsatzgruppe* B, dedicaba una vigilancia especial a evitar el sadismo y el uso de la crueldad en las ejecuciones masivas. En su unidad estaba prohibido hablar de lo que se hacía, así como de la ingesta de alcohol, algo habitual en casi todas las unidades de exterminio.⁴⁷ En el *einsatzgruppe* D, al mando de O. Ohlendorf las ejecuciones se operaban metódicamente, “de manera militar y humanamente”, nada de fosas repletas de cadáveres en las que las víctimas vivían espantosas agonías, sino con pelotones de ejecución que mataban en el acto. Hay que señalar que la unidad D, a cuyo mando estaba Ohlendorf, ejecutó en los meses de junio y julio de 1941 a 93.000 personas en Bielorrusia⁴⁸. Como alegaría en su juicio “lo que se pretendía era aliviar la enorme carga psicológica que la víctima debía de soportar”⁴⁹. Y al mismo tiempo diluir en el anonimato de un pelotón la responsabilidad individual del asesino. Aunque ni esto fue suficiente para evitar las incurables heridas que enfermarían a algunos de esos hombres de por vida, como Blume, Ehrlinger o Sandberger. Aunque no a todos, como por ejemplo al profesor de historia de la universidad de Viena Fritz Valjavec, intérprete en

⁴⁵ Ibid., 307.

⁴⁶ Ibid., 408 y ss.

⁴⁷ Ibid., 402.

⁴⁸ Heidecker, 352.

⁴⁹ Ingraio, 423.

la unidad de Ohlendorf y especialista en la Ilustración, quien en alguna ocasión remató personalmente a seis prisioneros y que después de la guerra continuó su carrera académica, pronunciando, incluso, en el Ateneo de Madrid una conferencia en 1952 sobre los orígenes del pensamiento conservador⁵⁰.

Los intelectuales SS asumieron su experiencia en el Este no como un crimen de masas sino como una tarea repulsiva que alguien debía hacer. En el famoso discurso de Posen en 1943, Himmler le había dicho a su escogido auditorio que solo seres fuertes y “honestos” habían sido capaces de llevar a cabo tan pestilente tarea sin sucumbir al abismo. “Había un gran peligro, siempre presente, pues la diferencia entre convertirse en seres crueles y sin corazón, y ya nunca respetar la vida humana, o ablandarse y sucumbir a la debilidad y los colapsos nerviosos es abrumadoramente estrecha”. Para los que no sucumbieron psicológicamente, sus experiencias temporales en el Este fueron recompensadas con ascensos y buenos destinos en la *nomenklatura* del Reich. Otto Ohlendorf, por ejemplo, después de un año en su “Viaje al Este” fue transferido de nuevo a Berlín donde fue nombrado viceministro de economía. Y aunque siempre creyó que su envío al Este fue una mala jugada que le gastó Heydrich para quitárselo de en medio y enfangarlo en ese lodazal asesino, dada su mordaz inteligencia, mantuvo hasta el final de sus días, quizá como nadie, una coherencia pétrea. A diferencia de la mayoría de su entorno, Ohlendorf tenía criterios propios y era un personaje incómodamente independiente. En sus encuentros con el fisioterapeuta Kersten, en el tren de Himmler, Ohlendorf mostraba su repugnancia por los métodos abyectos en el trato a la población en el Este y el desprecio que le provocaban seres brutales como Erich Koch, *gauleiter* de Prusia Oriental. Tomaba distancia con la deificación de Hitler, porque ello le parecía un neopaganismo empobrecedor, y para los sacerdotes que lo oficiaban era una herramienta de medro. Igualmente despreciaba al fascismo de Mussolini porque según él, el fascismo parte del estado y no reconoce que toda creación política emana de su fuente natural, del pueblo⁵¹. Después de la guerra Ohlendorf asistió como testigo al juicio de Nuremberg, donde respondió en profundidad, y con datos, a las preguntas del fiscal. Y cuando le llegó su turno en 1948, como principal acusado en el Juicio a los *Einsatzgruppen*, desplegó en su descargo una línea argumental que en ningún momento evadía responsabilidades, al contrario, asumió su participación en el exterminio de manera suicida. En su alegato final de dos horas, no tuvo una palabra de piedad por las víctimas, habló extensamente de sus actos sin dedicar una frase a su acción genocida, habló del universo nazi sin mencionar el racismo. Pero eso sí, dio una lección magistral sobre la historia alemana y la profunda crisis espiritual vivida desde 1918, preámbulo natural, según él, para la aparición de

⁵⁰ Diario *ABC*, 7 de mayo 1952.

⁵¹ Kersten, 321 y ss.

Hitler. Cuando el psiquiatra Goldenshon lo visitó en su celda de Nuremberg en 1946 lo describió como un “espectro fantasmal”, un hombre fuera ya de la vida⁵².

A diferencia de Ohlendorf, que asumió su acción como un acto consciente, dando cabal explicación de lo hecho, Adolf Eichmann, por el contrario, en su mediático juicio en Jerusalén en 1962, descargó responsabilidad en sus superiores. Como es sabido este gerente y planificador operativo de la Solución Final desplegó su estrategia explicativa asumiendo que como buen funcionario alemán él era un eslabón subalterno en la cadena, obligado a cumplir órdenes, en definitiva un hombre simple y cualquiera. Fue el anzuelo en el que picó Hanna Arendt, cuando describió a Eichmann como la encarnación visible de la “banalidad del mal”. El personaje resultaba ser mucho más complejo, pero Arendt no quiso, o no supo, ver que Eichmann llevaba encargado de la oficina judía de Viena desde 1938 y que tenía potestad para idear, planificar y ejecutar, y cuando hubo que quemar las sinagogas de Viena, ya en 1938, él fue un activo participante. El rabino de Viena B. Marmelstein⁵³, que trabajó a su servicio durante años y posteriormente desempeñó el odioso cargo de jefe de los judíos en el campo de concentración de Theresienstadt describió la amplia libertad de iniciativa de la que Eichmann disponía, y que manejaba a discreción.

DE GOETHE A STALINGRADO

El historiador Rudiger Safranski ha rastreado las corrientes de pensamiento y los estados de ánimo en la cultura alemana que desde Goethe pudieron hacer viable, racionalmente, la acción de seres como Ohlendorf, Eichmann, Himmler o los demás. Su obra *El Romanticismo. Una Odisea del espíritu alemán*, es una búsqueda implícita de respuestas. No solo es que a Goebbels le gustara remarcar que el Tercer Reich era la expresión de un “romanticismo de acero”, lo profundo es que planificadores estratégicos como Heydrich, Rosenberg, W. Best, Six u Ohlendorf, más allá de la retórica publicitaria de Goebbels, habían sido moldeados espiritualmente por lo que

⁵² Ver en Goldenshon, la entrevista a Ohlendorf.

⁵³ Ver el documental de Claude Lanzmann “El último de los injustos”, una grabación sobre Marmelstein hecha en 1974. En 2014 la editorial Czernin Verlag publicó un libro que el mismo Benjamin Marmelstein había escrito en 1961: *Theresienstadt. Eichmanns Vorzeige-Ghetto*. Marmelstein solicitó a la fiscalía israelí comparecer como testigo de la acusación en el juicio a Eichmann en 1962, pero su oferta fue desestimada. Para la memoria de la Shoa, el rabino jefe de Theresienstadt, era “material contaminado”.

Nietzsche reseñó como el “espíritu dionisiaco”, encontrando en Wagner o en el propio Nietzsche un salvoconducto para desplegar una acción heroica fuera de límites, algo grande y nunca visto. Víctor Klemperer en su arqueología del lenguaje creado por el Tercer Reich (*La Lengua LTI*) reseñaba cómo conceptos asociados al Romanticismo, por ejemplo, lo “heroico” o el “heroísmo”, fueron incorporados en el habla de la población alemana mediante un rápido proceso de apropiación. Cuando la palabra “heroico” aparecía en una conversación se acababan los razonamientos. Así como otros conceptos adheridos a la *Lengua LTI*, tales como “movimiento”, “acción” o “asalto”, permanentes en los medios de comunicación, en los discursos y finalmente incorporados a la charla cotidiana. Según Klemperer el Tercer Reich creó un meta lenguaje, una *neolingua*, en la que heroísmo y acción eslabonaban el hablar cotidiano.

La peripecia espiritual seguida en occidente desde la escuela socrática habría sido, en esencia, una manera de civilizar las tendencias oscuras, atar los instintos, aliviar la vida e instalar optimismo. Es decir la preponderancia de lo “apolíneo”, del impulso para la construcción de una superficie en la que se pudiera vivir. Frente a lo “dionisiaco”, la fuerza profunda, elemental, instintiva y salvaje, detectada por Nietzsche como esencia constitutiva de lo alemán⁵⁴. Y sería en Alemania, según lo augura en *Hecce Homo*, donde, bifurcado de la noción de la compasión cristiana, aparecería “un partido de la vida que tomaría en sus manos la más grande de todas las tareas, la de un cultivo superior de la humanidad, con la inclusión de una liquidación despiadada de todos los degenerados y parásitos”. Para Safranski este Romanticismo de la vida dionisiaca culmina en Nietzsche, al que reprocha la denigración del espíritu hasta convertirlo en una mera función de la vida. Reducir el conocimiento a ciertas verdades que son solo útiles para la vida, y en cuanto desaparece la verdad, se rompen los fundamentos de la moral social. ¿Qué queda?, “la lógica salvaje de la autoafirmación y el ideal de la desinhibida autorrealización de la vida fuerte a expensas de la débil. Por tanto, este tipo de vitalismo creó un presupuesto intelectual para una moral sin escrúpulos que terminó dejando vía libre a la liquidación de la vida que no merece vivir, tal como después se llegará a afirmar”⁵⁵. En todo caso el régimen nacionalsocialista no habría utilizado tanto el Romanticismo histórico como la actitud romántica del espíritu, el caos creador de Nietzsche. Y no solo de él, recordemos que Rilke celebraba en 1914 el estallido de la guerra: “estoy salvado, pues la exaltación cunde”.

Para el filósofo de la religión Paul Tillich, el movimiento nacionalsocialista sería una variante del Romanticismo al que se le inyecta suelo y raza. En su obra *La decisión socialista* (1933), propone que el nacionalsocialismo sería una actitud del espíritu, que

⁵⁴ Safranski, 291.

⁵⁵ Ibid., 322.

en lugar de entregarse a la aventura de la autodeterminación, busca refugio en los poderes originarios del suelo, del linaje y de la sociedad, transmitidas con sus costumbres y estatutos. Pero como estos poderes primigenios ya no existen en su forma originaria, el Romanticismo se compromete a hacerlos rebrotar. Este tipo de Romanticismo “contiene en cierta manera la exigencia de engendrar a la madre a partir del hijo y hacer venir al padre desde la nada”⁵⁶(es decir fornicar con la madre). Las teorías biologicistas formuladas a fines del XIX por Gobineau y por Chamberlein, que tuvieron especial impacto en Alemania, allanaron el camino a un tipo como Alfred Rosenberg, al fundir historia, suelo y raza. En su libro, publicado en 1928, *El mito del siglo XX*, Rosenberg suponía que esa época estaba alumbrando una nueva fase histórica, que ahora le correspondía al mito de la sangre. Así como en el medievo los hombres se habían guiado por el mito de la religión, más tarde por el mito de las monarquías o por el del Estado-nación posterior a 1789.

Raíces y sangre, nueva forma de vitalidad para enfrentar al futuro, en un contexto de confusión, como lo fue la República de Weimar. En el discurso de Heidegger al Rectorado, en mayo de 1933, hay profunda satisfacción por el estado de catarsis revolucionaria desatado por Hitler, y ahora hecho gobierno. Y esperanza en la “salvación” de Alemania, que Heidegger, como *volkischer*, suponía enferma de humillación y liberalismo desde el desastre de 1918. Pero Heidegger va más allá del hecho circunstancial de la derrota y la postración alemana o del nacimiento de un renovado sentimiento de comunidad. Lo que está ocurriendo es, para él, algo mucho más sublime, es el intento de alumbrar una estrella en un mundo sin dioses. En palabras de Carl Schmitt, se trataría del momento de la excepción, porque en la excepción la fuerza de la vida real rompe la corteza de una mecánica petrificada en la repetición. Heidegger se congratula de que una nueva elite se haya hecho cargo del abandono del hombre actual arrojado al “ente”, que se haya negado a pertenecer a los “últimos hombres”, aquellos que han encontrado la “dicha cómoda”, que han abandonado la región donde “era duro vivir” y se conforman con los pequeños placeres para el día y la noche. En su discurso se dirige a una tropa de choque metafísica que marcha a la región del más agudo peligro, la del ser-ahí (*dasein*) en medio del poder dominante del ente, de la vida cómoda. Heidegger, atrapado por el “desencanto del mundo”, sobre el que ya alertara M. Weber (*La ciencia como vocación*), encuentra en una antigüedad explosiva el referente de la autorrealización, un mundo que reedite los tres órdenes: labradores, guerreros y sacerdotes. Y en este nuevo devenir Heidegger se propondría como el sumo sacerdote⁵⁷. En el discurso del rectorado gravitan conceptos y emociones que eran hilo habitual en las arengas de Hitler en 1933. Por ejemplo, el discurso que pronunció en

⁵⁶ Ibid., 314.

⁵⁷ Ibid., 311.

Postdam el mes de marzo, puede leerse como borrador del que el filósofo de Heidelberg daría dos meses después. Frente al proceso de disolución de la conciencia nacional posterior a la unidad alemana y al derrumbamiento de todos los órdenes en 1918, Hitler propone elevarse sobre la pequeñez y poner en marcha “la gran obra que el destino exige de nosotros”, inspirada en los “eternos fundamentos de nuestra vida”. “Romantizar” tanto la política como el mero acto de existir. Para Heidegger, muy probablemente, el “momento romántico” encarnado en el nacionalsocialismo no tendría por qué conducir necesariamente a Auschwitz. Como mucho, y en esto la providencia tendría la última palabra, conduciría a Stalingrado, pandemónium final de una guerra ejecutada por duros guerreros, “caballeros germánicos” según el arquetipo Junger. Ese sería el punto de bifurcación con Rosenberg y su obsesión biológica, un implícito en la práctica nacionalsocialista que Heidegger no supo, o no quiso ver, y que conducía a la acción exterminadora.

Fue en el Este, en la tierra de la indeterminación, donde se sintetizó el final del trayecto romántico y donde el pueblo alemán perdió la inocencia sentimental. Millones de jóvenes soldados se vieron envueltos directamente en las prácticas genocidas, hasta el punto de encajarlas con naturalidad, y muchos millones de alemanes más recibieron noticias de las aberraciones a través de las cartas que hijos, hermanos o esposos enviaban al hogar. Christopher Browning en su libro *Aquellos hombres grises*⁵⁸, nos ha ofrecido el, hasta ahora, más profundo acercamiento a la cotidianeidad de una unidad de exterminio, el Batallón 101 de Hamburgo, compuesto de reservistas de mediana edad, padres de familia que escribían asiduamente a sus hogares. En la mayoría de las cartas había que leer entre líneas para imaginar el tipo de acción que el padre o marido llevaba a cabo. Pero no eran infrecuentes las descripciones explícitas, como la del ciudadano vienés Mattner cuando escribía a su esposa. “Me he presentado voluntario para una acción especial. Mañana tendré por primera vez la oportunidad de utilizar mi pistola. He cogido 28 balas. Probablemente no me basten. Estamos hablando de 1200 judíos que son excesivos en la ciudad y deben ser eliminados. Tendré bonitas cosas que contarte hasta mi vuelta. Pero ya basta por hoy, si no vas a creer que soy un sanguinario”⁵⁹. Entender la naturalización del asesinato de masas en una persona como Mattner requiere contemplarlo como el precipitado, la síntesis de un amplio trayecto. En palabras de Denis Crouzet: “la gestualidad paroxística de la violencia es el precipitado de la cultura que ha dirigido o impuesto la violencia... un significante

⁵⁸ Christopher Browning, *Aquellos hombres grises. El batallón 101 y la solución final en Polonia*. Barcelona: Edhasa, 2002.

⁵⁹ Ingraio, 351.

culturalmente codificado, a partir del cual es posible deducir las razones de la violencia”⁶⁰.

El significante codificado en el caso del Este fue construido mediante un largo proceso de propaganda y persuasión cultural que deshumanizaba a las poblaciones de eslavos y judíos, e inyectaba un nuevo sentido común que acabaría haciendo tolerable la eliminación de millones. Un caso: el Plan del Hambre, con el que se pretendía matar por inanición a 20 o 30 millones de personas fue un elemento central en la planificación de la Operación Barbarroja, en el que participó de forma decisiva la Wehrmacht. Nicholas Stargardt en *La guerra alemana* ha descrito cómo el proceso deshumanizador con el que se cosificaba a los eslavos, instaló un estereotipo mental en la práctica totalidad de los soldados alemanes en el Este. A tenor de las cartas que escribían a sus familias, los rusos son descritos como bestias, sus pueblos como guaridas inmundas y en general todos ellos sólo pueden definirse como asesinos despiadados. En el notable volumen de correspondencia, es significativa la carta que un joven soldado escribe a su amigo. Se trata de E. Altrogge, pintor, un artista cultivado que ha crecido en una selecta familia y en cuya correspondencia se transita de Heine a Rilke. Comenta a su amigo que “por muy grande que sea nuestro depósito de cultura, suelos de madera, uñas limpias y cultura, no entendemos nada del poder primitivo, del alma simple, la fuerza ingenua y la violencia terrible de esta gente (los rusos)”. Como respuesta a ese sórdido mundo, encontraban un refugio interior en la lectura de Goethe y Holderlin ⁶¹

La transformación psicológica hacia la brutalización de la población alemana que operó en el Este se vincula al concepto de *hörte* (dureza, resistencia). Y las psicopatías homicidas no solo están asociadas a las unidades SS sino, con el tiempo, a toda la Wehrmacht y a los alemanes étnicos instalados allí desde siglos. Stargardt describe pormenorizadamente los habituales actos de violación y posterior asesinato de las mujeres rusas, la sistemática quema de aldeas o el metódico saqueo de todo lo que tuviera utilidad. Especialmente estremecedor, entre otros, resulta el destino final de 200 niños, huérfanos judíos a los que, después de días de deliberación, la Wehrmacht quemó vivos en su orfanato⁶². Un acto extremo de romanticismo racial, conclusión de las lógicas de Heidegger y Rosenberg, que acabó, como subproducto, configurando una cofradía de millones de iniciados, partícipes del mayor secreto jamás compartido en la historia. Que incluía a oficiales, capellanes, médicos y filósofos. Uno de ellos, el doctor W. Pfannenstiel, profesor de la universidad de Marburgo, era quien determinaba el

⁶⁰ Denis Crouzet, en Ingrao, 363.

⁶¹ N. Stargardt *La guerra alemana. Una nación en armas: 1939-1945*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2016, p. 379.

⁶² *Ibid.*, 225.

momento de abrir las cámaras de gas una vez que había comprobado por la mirilla que todos los gaseados habían muerto, felicitando siempre a los encargados por la “grandeza del trabajo que estaban realizando”⁶³ (el Dr. Pfannenstiel siguió ejerciendo la medicina después de la guerra con gran éxito de pacientes, hasta su muerte en 1982).

Que el Este se convirtiera en el campo de experimentación de la biopolítica se relaciona con la impunidad que otorgaba la convicción en el triunfo de Alemania, después de la victoria todo quedaría borrado. La invulnerabilidad y el inevitable destino victorioso estaba hasta tal punto internalizado, que, incluso, tras la rendición del 6º Ejército de Paulus los mandos y oficiales sonreían con displicencia a los oficiales del Ejército Rojo, advirtiéndoles que no se hicieran ilusiones, que Stalingrado era solo un pequeño tropezón de su formidable maquinaria bélica. En las cartas que los soldados del 6º Ejército, ya cercado, enviaban a casa transmitían una confianza ciega en el triunfo, “mantenemos la esperanza y el valor, sabemos que la victoria es nuestra”⁶⁴

En su mentalidad, programada en la deshumanización del ruso primitivo, era inconcebible otra cosa, y por fuerte que fuera su resistencia acabarían doblegados. El periódico de las SS *Das Schwarze Korps* en un artículo de octubre 1942 advertía a la tropa que lo experimentado hasta ahora en Europa y el norte de África era un juego de niños comparado con el hecho en sí de la guerra en el Este. Los soldados soviéticos procedían de una raza humana más básica, menos inteligente, incapaz de reconocer el significado y el valor de la vida. Y debido a esta ausencia de cualidades humanas luchaban con total indiferencia hacia la muerte, sentimiento ajeno a los culturalmente superiores europeos. El artículo acababa con una advertencia: “Depende de nosotros decidir si seguir siendo seres humanos o no”⁶⁵

La sorprendente resistencia del Ejército Rojo solo podía explicarse, además del desprecio por sus propias vidas, por el miedo que el soldado ruso tenía a sus propios oficiales y comisarios políticos. La propaganda de Goebbels hablaba de cientos de miles ejecutados con un tiro en la nuca por negarse a avanzar en el frente, explicación que en la postguerra (hasta el día de hoy) fue asumida en el mundo anglosajón por historiadores como A. Beevor o C. Merridale para explicar la victoria rusa en el Volga⁶⁶. En este infernal caldero (*kessel*) de Stalingrado, los soldados alemanes pudieron comprobar, para su sorpresa, que la Unión Soviética era un mundo más complejo, más

⁶³ Ibid., 311.

⁶⁴ Stargardt, 392.

⁶⁵ Jochen Hellbeck, *Stalingrado. La ciudad que derrotó al Tercer Reich*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2018, p. 19.

⁶⁶ A. Beevor, *Stalingrado*. Barcelona: Crítica, 2005, p. 14.; C. Merridale, *Ivan 's War. The red army 1939-45*. Londres, 2005, p. 57.

sofisticado técnicamente y mejor organizado de lo que pensaban. Por ejemplo, en la fábrica de tractores Octubre Rojo, cuya conquista tanta sangre necesitó, según ha relatado la historiadora rusa Marina Tsunayeva, trabajaban unos 20.000 obreros que producían centenares de miles de tractores anuales. Y el barrio en el que vivían, de 55.000 habitantes, era una ciudad con 10 escuelas, 11 guarderías, un hospital, tres parques de bomberos, una maternidad, un cine, un teatro, un circo y cinco bibliotecas⁶⁷. Todo ello arrasado en dos meses. Investigaciones focalizadas en lo local, sobre escenarios micro de la historia de la industrialización soviética, señalan que los planes quinquenales de los años treinta habían generado procesos de intensa sociabilidad, creando nuevos vínculos y dando forma a una sociedad comunitaria y operativa. El historiador Stephen Kotkin⁶⁸, en una monografía sobre la creación en los años treinta de la ciudad de Magnitogorsk en los Urales, ilustra cómo el estado soviético transformó a millones de inmigrantes, asegurándose que los trabajadores no solo cumplieran las cuotas sino que comprendieran el significado político de su obra.

Por su parte el historiador Jochen Hellbeck ha dejado sin sustento la leyenda del tiro en la nuca, sostenida por Goebbels y Beevor⁶⁹. Con un equipo ruso-alemán de historiadores ha trabajado las miles de páginas que contienen las entrevistas hechas sobre el terreno, y en los días de la batalla de Stalingrado, a 215 defensores, soldados, oficiales y comisarios, muchos de los cuales morían en el frente poco después de ser entrevistados. Realizada por una comisión de historiadores rusos, debido a la franqueza y espontaneidad de las respuestas, el poder soviético consideró que no podían ser publicadas. Lo que Hellbeck encuentra en estos relatos es que la horizontalidad de trato, en un contexto de peligro extremo, llevaba a los soldados a tomar iniciativas propias dado el carácter de guerra urbana, que en la mayoría había un intenso sentimiento patriótico que conectaba con lo ruso y su historia, que la afiliación al Partido Comunista se disparó entre los soldados, o que el cuerpo de comisarios políticos sufría, con diferencia, el mayor porcentaje de bajas. Y un dato revelador: como se constata a partir de materiales recientemente desclasificados, la cifra de ejecutados por el NKVD a causa de desertión o cobardía en los meses de la fase crítica de agosto-

⁶⁷ Marina Tsunayeva, “La defensa de los distritos obreros”. En *Despertaferro*, nº2. Madrid, 2017.

⁶⁸ S. Kotkin, *Magnetic Mountain: Stalinism as a civilization*. Berkeley, 1995.

⁶⁹ Hellbeck no ha sido el único en cuestionar el mito del comisario soviético disparando en la nuca. El historiador norteamericano David Glantz, en sus dos monumentales obras sobre el Ejército Rojo ya lo había dejado sin sustento. Cfr. *Choque de titanes. La victoria el Ejército Rojo sobre Hitler* (2017) y *A las puertas de Stalingrado. Operaciones germano-soviéticas de abril a agosto de 1942* (2017), ambas editadas en España por Desperta Ferro.

octubre de 1942 fue de 278⁷⁰ (sobre un total de 488.000 rusos caídos en Stalingrado). Ese ardor de iniciativas contrastaba con lo que para los soviéticos era la disciplina maquina del soldado alemán respecto a sus oficiales⁷¹. El general Chuikov en su respuesta al entrevistador dijo algo significativo: “Si los alemanes hubieran tenido en cuenta el elemento psicológico, el factor político, la importancia que tiene Stalingrado para todo soldado que viene aquí, que esta mas allá del punto de no retorno, si hubieran tenido en cuenta que todo esto no ha sido casualidad ni improvisación, no se habrían metido en este lio”⁷².

Y al final, para los 300.000 hombres del 6º Ejército de Paulus, todo se convirtió en hambre. Una verdadera metáfora. Tras su rendición, lo que llamó la atención a los interrogadores rusos fue la obsesión de “esos alemanes” por la comida. A. Sheliubski, director del servicio de inteligencia del 2º Ejército soviético respondía en la entrevista: “Los alemanes no saben pasar hambre. Nuestro soldado ruso si sabe pasar hambre. Los alemanes cuando combaten están acostumbrados a atiborrarse como cerdos. Eso se puede demostrar por sus cartas, resulta perturbador, de lo único que hablan es de comida. He interrogado a decenas de prisioneros de guerra y lo mismo han hecho mis subordinados, no hubo un solo caso en el que el prisionero no empezara hablando de comida. Comer es su prioridad. Tienen todo el cerebro hecho de manduca”⁷³

Constatar el sadismo y la podredumbre alemana en el Este había sido una sorpresa para los rusos. La tradición cultural alemana, llevaba generaciones instalada en la *intelligentsia* rusa, sobre todo judía, antes y después de la era soviética. Y el progreso técnico de Alemania era admirado, sirviendo en buena medida como inspiración para la planificación industrial en los años treinta. El conocido, y cosmopolita, escritor ruso Ilyá Ehrengurg, recién instalado en Moscú tras 30 años en el exterior asumió, mediante sus artículos en *Pravda* y *Estrella Roja* (diario del ejército), la tarea de desmitificar a Alemania, porque presentía que el pueblo ruso no conocía la naturaleza de su adversario. “Nuestros hombres no solamente no sentían ningún odio por el enemigo, sino que incluso experimentaban cierto respeto por los alemanes, un respeto que nacía del valor que daban a sus manifestaciones culturales”. Dada su enorme influencia a través de la prensa escrita, Ehrenburg se impuso la tarea de hacer que el ruso aprendiera a odiarlos. “El dolor alimenta el odio y el odio fortalece la esperanza”, escribía en *Estrella Roja* en septiembre de 1941. En el verano de 1942, abatido y

⁷⁰ Hellbeck, *Stalingrado: la ciudad que derrotó al Tercer Reich*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2018, p. 28.

⁷¹ Ibid., 478.

⁷² Ibid., 349.

⁷³ Hellbeck, op. cit. 518.

frustrado por las victorias nazis, escribía en uno de sus emocionales artículos: “Estamos recordando todo y sólo ahora entendemos que los alemanes no son seres humanos. Ahora la palabra “alemán” se ha convertido en la peor de las maldiciones. No hablemos, no nos enojemos, matememos. Si no matas a un alemán, el alemán te matará a ti. Te quitará los miembros de tu familia y los torturará en su maldita Alemania. Si ya has matado a un alemán, mata a otro más. No hay nada más alegre para nosotros que ver los cadáveres alemanes”⁷⁴

DESPUÉS DE LA REPRESENTACIÓN QUEMAR EL TEATRO

De la misma manera que el Este fue el laboratorio donde el nacionalsocialismo había llevado al límite su experimento de sangre y suelo, en el Este se resolvió también su final. Porque Rusia (la Unión Soviética) no solo acabó parando el descomunal martillazo del *Armagedón* sino que reencontró fuerzas internas para destruirlo. El estilo estalinista de transformación y modernización, con los ingredientes que le fueron propios de violento aceleramiento industrial pero también de exaltación ideológica, había creado, al fin y al cabo, la herramienta que hizo posible proteger al mundo de la amenaza. Primero el yunque de Stalingrado, después la gigantesca batalla de Kursk, a continuación la liberación de Polonia, el paso del Oder y finalmente la llegada a la guarida de mal, Berlín. Y en el escenario devastado de ese Berlín en llamas es difícil no evocar al Wagner enfebrecido, en los días que ultimaba *El Anillo de los Nibelungos*. “Con esta obra me salgo por entero de toda relación con nuestros actuales teatro y público. En el Rin construiré un teatro e invitaré a una gran fiesta. Después presentaré mi obra a lo largo de cuatro días y con ella daré a conocer a los hombres de la revolución, la significación de su empresa en el sentido más noble”. Para concluir tan magno espectáculo, Wagner soñaba con la posibilidad de que, después de una única representación no solo se demoliera su teatro, sino que además se quemara la partitura⁷⁵.

En ese Berlín, último bastión del Romanticismo de acero, de la pasión dionisiaca, concluyó con coherencia el nacionalsocialismo su trágico destino: el teatro demolido, los actores centrales auto inmolados y la partitura como libreto eterno del extravío. Y en el acto final, concebido por Hitler en su delirante Testamento, Alemania entera debía de ser arrasada, y el destino de los alemanes que no hubieran tenido el coraje de suicidarse debería de ser la esclavitud, por cobardes. Un impulso de narcisismo cósmico encarnado en un momento histórico. Pero la realidad de la vida acabó abriéndose paso

⁷⁴ Rubenstein, op. cit. 250.

⁷⁵ Safranski, op. cit. 239 y ss.

y todas las exaltaciones de Goebbels sobre la “guerra total”, de supervivencia o muerte, o de Goering y su vacuos discursos sobre la “muerte heroica”⁷⁶ fueron, en los últimos meses, cediendo paso a un estado apolíneo en el que lo urgente era salvar la vida y rezar porque el futuro fuera “normal”. La aventura del hombre doble, el apolíneo y el dionisiaco, aquel que durante la semana era un obsecuente cumplidor laboral de vida normal y los domingos vestido de uniforme desfilaba con antorchas y vivía su momentánea catarsis de exaltación, había acabado. Aunque aceptar la derrota colectiva era aceptar una derrota individual, la sensación de un vacío extraviado. Alemania no estaba mentalmente preparada para asumir lo inevitable, porque la derrota nunca había entrado en los cálculos; como recordaría la secretaria de Goebbels, “sencillamente no podía imaginarme eso, era imposible que perdiésemos la guerra, ¿por qué? porque era imposible y punto”⁷⁷ Confianza ciega en la victoria inyectada en su flujo sanguíneo.

La derrota sumió a la gente en una profunda decepción por la pérdida de confianza, un sentimiento de dolor, abatimiento, amargura y rabia. Un estado de ánimo en el que la respuesta no fue la rebelión sino la autocompasión, “no nos merecíamos que nos llevaran a esta catástrofe”. Sentimientos farisaicos pero no antinazis⁷⁸. La diferencia con la capitulación de 1918 fue que la derrota, en esta ocasión no condujo a la revolución sino al transformismo. Para Albert Speer, el nacionalsocialismo había sido, en todo caso, una infección, y el derrumbe de 1945 “el reventón de un absceso purulento”⁷⁹.

⁷⁶ Discurso de Goering el 30 de enero de 1943.

⁷⁷ Brunhilde Pomsel, *Mi vida con Goebbels. La vida de la secretaria de Goebels: lecciones para el presente* (ed. de T. D. Hansel). Barcelona: Lince, 2018, p. 113.

⁷⁸ Stargardt, 631.

⁷⁹ Speer, 290.

Recibido: 20 de junio de 2019

Aceptado: 27 de septiembre de 2019

Alejandro García estudió en la Universidad de Barcelona y actualmente es profesor de Historia en la Universidad de Murcia. Ha sido profesor visitante en universidades de Francia, México, Colombia, Argentina, Costa Rica y ha llevado a cabo investigaciones en la Sierra Tarahumara y la Frontera Norte (México), Buenos Aires, Magdalena Medio (Colombia), Argelia, Mauritania y Sáhara Occidental, entre otros lugares. Ha publicado *Civilización y salvajismo en la colonización del Nuevo Mundo* (1987), *Argentina en crisis. Notas y documentos sobre una época de violencia política* (1993), *Hijos de la violencia. Campesinos de Colombia sobreviven a golpes de paz* (1996), *Historias del Sáhara. El mejor y el peor de los mundos* (2001), *Los crímenes de Estado y su gestión* (2009), e *Historia del Sáhara y de su conflicto* (2010). alexg@um.es